

**HENRI-FRANÇOIS REY**

Finalista del **Goncourt** con esta novela,  
que ha obtenido el **Premio Interallié**:

# LOS ORGANILLOS

(Les pianos mécaniques)



La novela comienza con Vincent, afamado crítico de arte, bajando en su flamante descapotable hacia un pueblo español de la costa catalana de finales de los 60, llamado Caldeya.

Allí encontrará una pequeña sociedad de decadentes franceses de clase media.

Vincent, sufre de vacío existencial en pleno milagro económico, llega dispuesto a superar su crisis. Pero no será tan fácil. La vida es más dura de lo que parece.

Adaptada al cine por Juan Antonio Bardem en 1965 con el título *Los Pianos Mecánicos*.

*A Jérôme Guillemin-Tarayre.*

*Júpiter enloquece a los  
que quiere perder.*

## I

Una vez traspuesta la frontera, Vincent aminoró la marcha. Empezaba el extrañamiento. «Bienvenidos a España», decían los carteles. La carretera se extendía derecha y lisa bajo el sol, con manchas de luz. Una dicha tímida, que aún no se atreve a asomar el rostro. Resolveré mi crisis, mis crisis; voy a desmontarme para rehacerme mejor, a disolverme para reconstituirme mejor; voy a hacer de Ave Fénix... Frenó en seco ante un mulo que cruzaba inocentemente la carretera. Le seguía un individuo. Con un ademán, se disculpó por lo del mulo. Vincent arrancó de nuevo. En el mismo momento, Lucie encuentra su carta en la mesa del estudio, con todas las explicaciones circunstanciadas que contiene. He escrito una carta amable, ella no la entenderá, pero lo esencial es que no se sienta humillada. Lo único que añoraré de ella serán sus senos, autónomos, separados de su cuerpo, con su propia vida. Los letreros indicaban que llegaba a Figueras. Reginald le había indicado el camino. «Al entrar en la ciudad, después de los altos edificios, doblas a la izquierda y llegas a la Rambla. Bajas hasta el final. Después, no hay más que seguir derecho hasta Caldeya». Se detuvo después de los altos edificios, desembocó en la Rambla. Los soldados deambulaban bajo los plátanos y los niños corrían jugando a soldados. Vincent se detuvo. Inmediatamente se vio envuelto por millares de trinos de pájaros, un concierto inmenso y fluido. El coloquio vespertino de todos los pájaros de la ciudad, chillando, piando y ensuciándose sobre los soldados que pasaban. Vincent atravesó

la Rambla, escogió la tasca más confortable con grandes butacas de paja y respaldo inclinado. Pidió una cerveza. Nada que hacer, excepto contemplar a ese ciego patético que vende cupones de la lotería, a ese limpiabotas que hace alardes con sus cepillos. Sobre todo, no situarlos en el paisaje, no darles un significado. Gozar sencillamente de la pureza de las piernas de una muchacha de quince años que pasa, morena y bruñida por el sol. Escuchar esas voces cascadas y ya fraternales. Una radio vociferaba en el interior del café. Los pájaros seguían chillando, y aquel era precisamente el ruido que necesitaba Vincent para deslizarse fuera del tiempo y algo fuera del espacio. Se bebió la cerveza e hizo un esfuerzo para levantarse. Regresó al automóvil. Estaba rodeado por unos niños. Ese estúpido vehículo de *gigoló* que Reginald le había vendido. Un «Triumph». «Con esto no hay chica que se te resista». Arrancó. A través de la carretera, una pancarta con el anuncio de una corrida. No le quedaba casi gasolina. A lo lejos, distinguió un garaje. Un viejo sentado en la acera leía una revista ilustrada. Salió un muchacho, vestido con un mono de mecánico azul cielo. Se acercó al vehículo.

—¿Es usted francés? —preguntó el chico.

—Sí.

Empezó a llenarle el depósito.

—Cada vez vienen más franceses —dijo el viejo.

Volvió a ensimismarse en la revista.

—¿Adónde va? —inquirió el joven.

—A Caldeya.

El otro sonrió.

—Tiene razón; es adonde hay que ir.

El viejo levantó la cabeza. Escupió.

—Todos van. Un burdel, un verdadero burdel. Todo se mezcla, los hombres, las mujeres...

—Usted no puede comprenderlo —dijo el muchacho—. No es cosa de su época.

—En mi época se era decente —dijo el viejo.

Empezó a liar un cigarrillo.

—No digo esto por usted —explicó a Vincent.

Este sonrió.

—No conozco Caldeya.

El viejo se encogió de hombros.

—Viene gente de todo el mundo. Por vicio..., se lo aseguro, por vicio...

—Yo voy todos los domingos con mi scooter... Es formidable —dijo el muchacho—. Tengo un amigo inglés con un auto igual que el suyo.

—¡Calla!<sup>[1]</sup> —gritó el viejo—. ¡Vete adentro!

El muchacho se encogió de hombros y se metió en el establecimiento. Vincent pagó.

—Es mi nieto —dijo el viejo.

Hizo un ademán obsceno.

—Con hombres —prosiguió—. Y todo porque ha ido a Caldeya. Ha regresado podrido hasta el cerebro.

Vincent arrancó.

«Así, pues, voy a Sodoma y Gomorra. Extraño lugar para volver a encontrarme a mí mismo y a reconstituirme». La carretera se extendía, recta, entre los plátanos torturados.

»Dentro de ocho días cumpliré cuarenta años. Celebraré mi cumpleaños solo, solo por fin. Cuando tenía veinte años me hice este juramento. A los cuarenta años, harás balance. Contarás, sopesarás, agruparás los fracasos y los éxitos en dos columnas bien pulcras. Estaba en Montpellier; estudiaba en Montpellier; paseaba al sol del Peyrou y me hacía esta promesa. Si los fracasos son más abundantes que los éxitos, entonces... El suicidio, desde luego. Mi juramento de veinte años. Y dentro de ocho días, llegan los cuarenta años y no siento ningún deseo de suicidarme, ninguno en absoluto.

»En aquel cabaret en Londres, hace un año, un artista cantaba: *¿Qué has hecho de tu vida?* Lo malo es que no lo sé. Ninguna idea concreta. Una bruma discreta, un camuflaje y, hasta ahora, ningún deseo verdadero de saberlo. Ha

sido preciso que, una mañana como las otras, me despertara con esa sensación de angustia, me viera en el espejo como si se tratara de la primera vez. Ha sido preciso todo un largo día de lucha contra esa angustia para que finalmente me haya planteado la pregunta. ¿En qué punto está? Y me ha caído encima como una losa. El médico lo ha llamado una depresión nerviosa, un *break-down*, un nombre más elegante. Reginald conocía al mejor especialista de París. «Hay que marcharse, querido señor, romper con todo, distanciarse de todos». Y Reginald lo había arreglado todo. «Vete a Caldeya... Es el lugar más bonito del mundo. Hace dos años compré allí una casita, muy blanca, junto al mar. Yo entiendo mucho de esa angustia. No se puede bromear con ella», había añadido Reginald. La carretera empezaba a hacerse sinuosa, curvas cada vez más próximas, cada vez más cerradas. Ascendía por entre los olivos, tranquilos rebaños de elefantes plateados y, a ambos lados, la montaña severa. El paisaje que Vincent prefería. Exacto y riguroso, sin maquillaje. Una verdad de luz y de color. «Creía que las depresiones nerviosas eran patrimonio de las mujeres de mundo agotadas por los cócteles. Resulta humillante esta manera de derrumbarse, de no saber resistir, mientras los demás continúan. Y yo, que de repente cedo. Con ese hastío inmenso en algún lugar del cerebro. Ese deseo de vomitarse a sí mismo».

Vincent cogió tangencialmente una curva e inmediatamente frenó con todas sus fuerzas: había un cuerpo tendido en la carretera. Las ruedas delanteras se detuvieron a pocos centímetros del hombre, que se incorporó y tocó con un dedo el neumático izquierdo.

—¿Está chiflado, o qué? —exclamó Vincent.

El individuo sonrió. En pie, debía de medir dos metros. Espátula seca y nudosa con una pelambreira rojiza sobre el rostro de criatura. Se acercó a Vincent.

—Es el sistema más eficaz de hacer autostop. Usted va a Caldeya, desde luego... De modo que puede llevarme.

—Suba —dijo Vincent.

—Aguarde.

Se alejó, se detuvo ante un matorral, cogió un cuaderno de dibujo y una caja de pintura. Regresó al vehículo.

—Póngalo detrás —dijo Vincent.

El individuo se sentó a su lado.

—Ya puede arrancar.

Hablaba francés con mucho acento inglés. Acurrucado en el asiento, con las largas piernas dobladas, sus rodillas sobresalían casi por encima del parabrisas.

—Me llamo Tom Dickson —dijo el desconocido al cabo de un momento.

—Vincent Moureuil...

—Soy inglés, desde luego, y pintor. Es evidente... Estoy haciendo el retrato de una roca, allí en la montaña... Es un problema muy difícil.

—¿Es usted figurativo?

Tom se volvió y contempló a Vincent.

—He dicho: Estoy haciendo el retrato de una roca... El retrato... Ya le explicaré..., porque volveremos a vernos. En Caldeya todo el mundo se encuentra. ¿Tiene un cigarrillo?

Vincent le alargó un paquete.

—Gracias. No crea que busco un alma, como se dice, a esa roca. Una roca no tiene alma, una roca existe, y lo que busco es el misterio de su existencia en la luz y en el espacio. Ya hace un año que trabajo en ello, pero sin resultado. Tengo problemas, no sé cómo decirle, prácticos. El ángulo bajo, el que hay que enfocarlo... Lo he encontrado, desde luego. Me instalo en otra roca que queda enfrente. Es estu-pendo...

—Entonces, el problema está resuelto.

—No, porque esa roca, no la otra, está muy inclinada. Apenas puedo sostenerme y la tela resbala. Lucho horas enteras. Tengo que encontrar algo.

—Ate la tela.

—Demasiado sencillo. Hay que contar con el viento; éste es un país ventoso. Pienso encargar a Londres una tela especial. Ya le enseñaré... Lastrada.

—Evidentemente, es la solución.

—La única...

Tom guardó silencio.

—Aquellas casas blancas de allí abajo, ¿es Caldeya? —preguntó Vincent.

—Sí, desde luego. ¿Nunca había estado aquí?

—No...

—Entonces, voy a presentarle el pueblo.

—Ya sé, llegamos a Sodoma y Gomorra.

Tom le contempló sorprendido.

—¡Usted está loco! Llegamos a la severidad.

Dijo esto con tono grave y convencido.

—El único lugar del mundo donde se respira la severidad. Muy bueno para el cerebro. Para mí ha sido un gran descubrimiento... Pero, después de todo, tal vez a usted no le importe la severidad...

—No creo —dijo Vincent.

—Entonces, lo comprenderá todo en cuanto lleve unos pocos días aquí. Ya verá: está hecho con viejos huesos blancos por el tiempo, todo un pueblo que muerde en el mar y que sueña ante él. Y piedras, señor, piedras que son la sustancia misma del mundo...

Vincent encendió, a su vez, un cigarrillo.

—¿Tiene reservada alguna habitación? —preguntó Tom.

—Un amigo me presta su casa. Debe de conocerle: Reginald...

Tom sonrió.

—Le conozco. Su casa está guardada por una persona muy curiosa. La Gloria. Ya verá, una mujer severa, una mujer de piedra. Un día le llevaré hasta el cabo, detrás del pueblo. Yo lo llamo el cementerio de los elefantes. Árboles muertos y blancos, osamentas y piedras... Es allí donde, a solas con el viento, recito *Hamlet*... Un ejercicio muy bue-

no. Ha de saber que considero a Shakespeare un idiota y *Hamlet* una obra infantil. Pero este infantilismo es como una pulga; así que se ha ingerido, la severidad parece más severa... Ya llegamos.

La carretera desembocaba en una placita enterrada bajo los plátanos. A la izquierda, un paseo bordeado de tamarindos y, como telón de fondo, el mar encendido, presente, denso.

—Es la feria de agosto —dijo Tom.

Indicaba a la muchedumbre. Muchachas semidesnudas y muchachos con pantalones téjanos. Los altavoces vociferaban en los cafés.

—Dentro de un mes, volverá a ser un desierto silencioso...

—¿Sabe dónde está la casa de Reginald?

—Desde luego, pero hay que pedir las llaves a Puig.

Cruzaron ante una terraza donde se apiñaba la muchedumbre.

—«La Estrella» —dijo Tom, señalando el establecimiento—, y dentro la mujer más sorprendente de Caldeya: Jenny. Ya la conocerá... Muy original... Es aquí.

Vincent se detuvo ante una tasca, también llena de jóvenes de ambos sexos. Siguió a Tom, que se abrió paso entre la multitud. Tom indicó a Vincent un hombre seco y delgado, de cabellera sorprendentemente blanca. Un hermoso tipo de corsario.

—Es Puig, el rey de Caldeya.

—Este es el amigo de Reginald —prosiguió Tom, dirigiéndose a Puig—. Quiere las llaves de la casa.

Puig contempló escrutadoramente a Vincent. Al final del examen, sonrió.

—Reginald me ha escrito —dijo—. Voy a darle las llaves.

—Les dejo —dijo Tom.

—Tomémonos antes una copa...

—No, antes de la puesta del sol, nunca.

Salió.

—¿Qué quiere beber? —preguntó Puig—. El trago de bienvenida.

—Deme una cerveza.

Todas las mesas del interior, como las de fuera, estaban ocupadas por la misma muchedumbre disfrazada y semi-desnuda, por las mismas muchachas y los mismos jóvenes *standard*.

Puig adelantó su vaso, para brindar.

—Reginald es un buen amigo —dijo—. ¿No vendrá este año?

—No creo. Quiere ir a Grecia.

Puig observaba a Vincent.

—Esto le gustará; le gusta a todo el mundo. Es que todo el mundo está loco. Tal vez se deba a esto...

Se bebieron la cerveza; Puig cogió unas llaves de un cajón del bar.

—Le acompaño —dijo.

Salieron.

—¿Puedo ir con el auto? —preguntó Vincent.

—Desde luego.

Puig se instaló a su lado.

—Gire a la izquierda. Es inmediatamente después de los pórticos. Reginald le habrá dicho que es la Gloria quien se cuida de la casa. Le hará la limpieza y te preparará la comida.

—Ya lo sé —dijo Vincent—. Reginald aprecia mucho a la Gloria. Un día me explicó que le daba suerte.

Puig sonrió.

—Está loca.

Indicó a Vincent una casita blanca, con las puertas y los postigos de un azul tierno y descolorido.

—Se la vendí yo —dijo.

Vincent siguió a Puig, que abría la puerta de entrada. Las blancas paredes hacían resaltar la rigidez y sobriedad de los muebles oscuros. Vincent quedó sorprendido: esta

severidad, esta sobriedad, no parecían propias de Reginald.

—¿Fue él quien amuebló todo esto? —preguntó.

—No, él no se ocupó de nada. Fue la Gloria quien lo hizo todo.

Vincent seguía a Puig, que le enseñaba la casa habitación por habitación. Un pequeño vestíbulo, una sala de estar, tres dormitorios y el cuarto de baño.

—Y sobre el techo, la terraza —dijo Puig—. Venga...

Desembocaron en pleno cielo. Y para Vincent, de repente, en todo el poblado. Una impresión ante algo de una perfección sorprendente. Una armonía misteriosa. Todas las fachadas blancas y el mar penetrando en el interior del pueblo por una serie de pequeños puertos. El poblado mordía en el mar y éste lo consentía y jugaba a acariciar aquellas casas que lo mordían.

—Es hermoso —dijo Puig.

Vincent no contestó. No había nada que decir ante aquel escenario irreal, ante aquel teatro perfecto. Sonó una voz.

—Es la Gloria —dijo Puig— Le dejo.

Abajo, una vieja alta, completamente vestida de negro, esperaba. Se volvió al entrar Vincent. Dos ojos negros en un rostro de novela.

—Es el amigo de Reginald —dijo Puig.

Parecía incómodo.

Se marchó inmediatamente.

—Que Dios le bendiga en esta casa —dijo la Gloria. Hablaba en francés.

—Usted es amigo de Reginald.

—Sí...

—Para mí es suficiente. ¿Dónde está su equipaje?

—En el auto.

—Voy a entrarlo.

Vincent salió con ella y abrió el maletero. Entraron los bultos hasta el interior de la casa. Autoritariamente, la Glo-

ria condujo a Vincent a la habitación de arriba, la que daba a la terraza.

—Aquí es donde estará mejor —dijo—. Voy a deshacer su equipaje.

Empezaba ya a abrir las maletas.

—Dentro de media hora, todo estará ordenado —añadió.

Vincent salió de la habitación. Bajó la escalera, se detuvo un momento en la gran habitación de abajo. Vaciló. Después, abrió la puerta que daba sobre el puerto y salió. Fue absorbido inmediatamente por la espesa muchedumbre que deambulaba sin objetivo por el borde del mar. En la terraza de Puig había el mismo tumulto. El propietario le vio y le saludó con un ligero ademán. Vincent prosiguió su paseo. En la terraza de «La Estrella», unos guitarristas tocaban melodías sudamericanas. Vincent se aproximó. Avanza entre las mesas. Un loro se extenúa silbando *La raspa*. Vincent se detiene ante la jaula. El loro calla: se balancea, contemplando a Vincent. Algún día compraré un loro; siempre he deseado tener uno. Se aleja de la jaula. El loro reanuda sus silbidos. Vincent entra en el bar. Una sala larga, abovedada, con cavidades a derecha e izquierda. Tengo sueño sin tener sueño. Es como si flotara. He de despertarme. Pide una ginebra y se la bebe de un trago. En las paredes había telas abstractas; manchas de colores, y, esparcidas un poco al tuntún, ramas muertas o vivas en jarros de gres. Estaba oscuro. Un tocadiscos sonaba en sordina, una mujer rubia, alta, apareció en el fondo. Se metió tras la barra y dijo unas palabras al barman. Al ver a Vincent, insinuó una sonrisa. Vincent se bebió otra copa. La mujer llegó junto a él.

—¿Y usted es el amigo de Reginald? —preguntó en voz muy baja.

Vincent quedó impresionado por aquella voz, ronca, rota, pulverizada, con todo un universo de ternura en lo más hondo.

—Soy el amigo de Reginald.

—No me lo imaginaba así.

Encendió un cigarrillo.

—Me llamo Jenny.

—Ya lo sé —dijo Vincent—. ¿Cómo me imaginaba?

—Más viejo.

—Le pido perdón.

—¿Por qué? Es usted bastante guapo. ¿Qué quiere tomar?

Vincent vaciló.

—Otra ginebra...

Jenny sirvió las dos copas.

—Aprecio mucho a Reginald. Sólo se cuida de sí mismo; es una gran cualidad. ¿Qué clase de amigo es usted?

—Pues su amigo, sencillamente... Y también su socio.

—¿No es pederasta?

Vincent sonrió.

—No —dijo.

Jenny irguió la cabeza. Su mirada se clavó en la de él.

—Me pone nerviosa —dijo—. No sé quién es usted. En general, suelo saberlo.

—Puedo explicárselo.

—No tengo tiempo...

Jenny se alejó. Vincent terminó su bebida. La Gloria debía de haberlo ordenado todo ya. Regresó a la casa. La Gloria, sentada en una silla baja, le esperaba.

—Todo está listo —dijo la Gloria—. ¿A qué hora desea cenar?

—Cuando usted quiera.

—Digamos a las nueve.

Vincent subió a su habitación. Su ropa blanca y sus trajes estaban guardados en el gran armario negro. Salió a la terraza. Una tumbona estaba instalada ante una mesita. Cerró los ojos por un momento. Hasta él llegaban sonidos. Los tocadiscos que berreaban. Y el zumbido continuo de la muchedumbre. Se dejó caer en la tumbona. Estoy cansado. Catorce horas de carretera y este país curioso. Tal vez no